



Círculo Rojo
EDITORIAL

Fuensanta Martín Quero

PRESENTA

POEMAS DE LA OFICINA EN
EL SIGLO XXI



Poemas de la oficina en el siglo XXI

FUENSANTA MARTÍN QUERO



Primera edición: noviembre 2019

Depósito legal: AL 2372-2019

ISBN: 978-84-1338-318-7

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Fuensanta Martín Quero

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

© Fotografía de cubierta: Depositphotos.com

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculorojo.com

info@editorialcirculorojo.com

Impreso en España — Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.

Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y por tanto,
ecológico.

PREFACIO

El objeto lírico en poesía casi siempre lo constituyen conceptos abstractos trascendentes y universales: la vida, el amor/desamor, la muerte, la finitud, el transcurso del tiempo, las ausencias... Y digo casi siempre porque puntualmente algunos movimientos vanguardistas de las primeras décadas del pasado siglo, en un intento de ruptura con la tradición poética, focalizaron su atención creativa, entre otros, en elementos insustanciales desde el punto de vista literario, como los adelantos tecnológicos o el progreso (el automóvil, la bombilla, la máquina de escribir...), en lo que Ortega denominó “la deshumanización del arte”. Cuando el objeto lírico se aleja de estos conceptos universales, pareciera a simple vista que la literatura pierde en ese caso parte de su naturaleza trascendente.

El mundo burocrático es por definición un mundo sometido al estricto cumplimiento de los procedimientos reglados y, en consecuencia, en él no cabe la adopción de decisiones de forma arbitraria (al menos en teoría) ni al abrigo de las emociones que definen buena

parte de nuestra existencia como ser humano. La rigidez inherente al ámbito oficinesco provoca (seguramente sin pretenderlo) frialdad y deshumanización. Tanto el ciudadano como el burócrata se convierten en meros destinos o instrumentos, respectivamente, de un sistema que hay que preservar a toda costa para garantizar la seguridad jurídica y una supuesta igualdad de trato en el ámbito público o una teórica eficiencia en el privado. Nada que ver con la esencia humana trascendida en las obras literarias.

Cabría afirmar que en la oficina no existen emociones. Nada más lejos de la realidad. La emoción, que es germen de toda creación artística, cuando se la aparta e ignora, cuando se silencia, cuando se anula o pretende anular su presencia, surge paradójicamente desde las cavernas ocultas por las que discurre y aflora en cualquier realidad, por muy antagónica que resulte a ella misma. La emoción es consustancial a la persona, con independencia del contexto en el que se manifieste o en el que se reprima. La oficina, antítesis de lo universalmente emocional, no queda al margen de las virtudes y de las miserias del ser humano. Por ello, el mundo burocrático, frío y deshumanizado a priori, terminará siendo objeto lírico si en él se indaga desenmascarando lo subrepticiamente oculto. El/la burócrata se mueve a diario en sus propias contradicciones. Por un lado, el funcionario vive sin sobresaltos económicos en una rutina lineal que dura décadas y que le proporciona seguridad; sin em-

bargo, por otro lado, se siente la mayor parte de las veces preso en esa misma rutina que, durante buena parte de su tiempo vital, pone su mente a disposición de un sistema estricto, anquilosando su pensamiento en tanto este no es libre para vagar de forma natural en cada instante o dedicarse a otras cuestiones menos rígidas y propias de su libre albedrío.

Mario Benedetti, durante los años cincuenta del pasado siglo, supo entender esta realidad y la plasmó en su libro *Poemas de la oficina*, inspirado de alguna manera en *Cuentos de la oficina* (1925), del escritor argentino Roberto Mariani¹. La oficina como objeto lírico se re-dimensiona, aflorando esa parte emocional reprimida e irreprimible de los individuos que la escenifican. Libro con el que disfruté en mi doble faceta de burócrata y de escritora. También Benedetti fue oficinista durante años, al igual que lo fue Gloria Fuertes, y Kafka (empleado en una oficina de seguros) o Eliot (temporalmente en la banca), como nos cuenta la autora italiana Daria Galateria en su libro *Trabajos forzados. Los otros oficios de los escritores* (Impedimenta, 2011). *Poemas de la oficina* fue un libro innovador en su tiempo, capaz de elevar al género lírico todo un contexto en el que

¹“Cronología”, y Mercedes Rein, “La poesía de Benedetti: Balance provisorio”, Jorge Ruffinelli (Ed.), *Mario Benedetti: Variaciones Críticas*, pp. 12 y 160, Montevideo, Libros del Astillero, 1973. Apud IBÁÑEZ QUINTANA, Jaime: *Poemas de la oficina: La poesía burocrática de Mario Benedetti*, en *Espéculo. Revista de Estudios Literarios*, número 29, 2005, Univ. Complutense de Madrid. Disponible en internet: <https://webs.ucm.es/info/especulo/numero29/benedett.html>

lo insustancial, humanamente hablando, constituye su armazón de base. Y lo hizo, además, con un lenguaje poético asequible para esa mayoría de lectores excluida habitualmente del mismo por lo intrincado que resulta a menudo, pero sin perder el pulso literario necesario. Un libro, en definitiva, que ha servido de inspiración a este otro de mi autoría, *Poemas de la oficina en el siglo XXI*, en el que introduzco elementos propios del mundo burocrático actual y que, en la misma línea que Benedetti, he querido conscientemente que pueda llegar a lectores no familiarizados con el verso, sin dejar por ello de lado la necesaria pulsión poética.

En el 2020 se cumplen cien años del nacimiento de este extraordinario escritor que fue Mario Benedetti, uno de los grandes, sin duda, de la literatura universal. Por ello y por cuanto me ha aportado como poeta y como persona su obra y, en especial, *Poemas de la oficina*, quiero rendirle homenaje con este libro, en una comunicación atemporal que es la poesía. Él elevó a la lírica un mundo frío en el que se percibe “la lluvia a través de letras invertidas”², un mundo donde suele haber “una silla que gira cuando quiero escaparme”³.

Fuensanta Martín Quero.

² BENEDETTI, Mario, *Poemas de la oficina*, 1953-1956.

³ Ob. cit.

“y dejar que la vida transcurra,
gotee simplemente”

Mario Benedetti

I

VENTANILLA ÚNICA

EL ORDENADOR

Deletrea pulso a pulso la rutina,
bucle incesante,
reyerta contra el áspid
que el minuterero escupe.
No tiene rostro,
solo tacto, tan duro
como un silencio abrupto.

En sus ojos discurren las palabras
que no nacen de los labios,
gélidos vocablos que insistentemente
acaparan la blancura absoluta
de folios lancinados
por lo que no se es.

La frígida mañana observa
cómo agonizan los rayos de sol
resbalando sobre el cristal
desesperadamente,
arañando el reverso
de una ventana hermética.

Y él prosigue, dócil, con la mirada quieta
y las yemas de sus dedos esperando
la calidez ausente de los míos,

mientras el mundo gira allí dentro
en sentido inverso,
pulso a pulso,
deletreando
el frío o la nada.

EL CIUDADANO *ONLINE*

El buzón de correos
pasa todo el día en el Ártico,
desliza sus mensajes
sobre la dura superficie helada
que congela al pensamiento,
lo detiene y lo hace inerte.

Pero un día el Sr. X
me escribió a mí
—erigida al fin en persona—
con un mensaje *online*
para contarme,
personalmente
contarme,
algunas deficiencias que atosigan su mundo:
los sucios solares, las rotas baldosas,
las farolas viejas, la mugre...
Señorita, decía.
A mi atención y con afecto.
Apelando a mi comprensión
y buen hacer,
a mi esperada generosidad.

Al Sr. X nunca lo vi en persona.
Se coló por las rendijas abigarradas
de los bytes
y llegó hasta mí
como un antiguo amigo
al que, en cumplimiento
de las instrucciones recibidas,
le contesté que cursaría
su solicitud
según la normativa vigente.

LA COMPAÑERA DEL OTRO LADO DEL TELÉFONO

Descolgué el teléfono y ella
me pidió un dato
después de presentarse
con la amplia sonrisa del halago,
inmersa en este gran octópodo
de gestión pública
que balancea sobre una ciudad
imparable en su olvido.

Pocos días después
su voz se arrodillaba amablemente
tras el auricular: un documento, un fax,
una búsqueda ansiosa de un informe,
allá abajo, por las cavernas laberínticas
de un constreñido archivo.

Sus llamadas aparecieron
de pronto con fruición
sobre las hojas de mi calendario,
manchado con la misma tinta
clonada de los años.

Sus palabras llegaban
como un impulso de agua fresca
alentando con sus fugaces risas
el transcurrir del minuterero:
una alegría de ficción
en una película de comedia
en cuyo envés
me devolvía la crudeza
de un esfuerzo extra.

Sus alegres halagos eran solo
la desesperación
del laberinto
de sus grises mañanas.

EL PORTAFIRMAS

Ellos llegan a mi mesa
a veces en la mañana
como calladas figuras
casi sin decir palabras,
con una sonrisa amable
amablemente dejada
y unos papeles que vierten
sobre mi desesperanza.

Tal como llegan regresan
a recluirse en sus jaulas.
Después no escucho sus voces
y los pasillos se alargan
hasta la próxima ronda
para beber sus palabras.

No hay nadie frente a mi mesa,
pero, uno a uno, en la pantalla
aparecen y se esfuman
como por arte de magia.